

# Ángel y Gretel

*Elizabeth  
Blackwood*



**Angel y Gretel**

*Elizabeth Blackwood*

© 2016 Luna Blanca

Global Copyright Registry Nro: 1603086823441

Fecha de registro: 08-mar-2016 10:28 UTC

Licencia de **SAFE CREATIVE**

Todos los derechos reservados

# **Ángel & Gretel**

Elizabeth  
Blackwood





La señora Gretel, como todos los días, seguía armando los vestidos para sus muñecas. Le faltaba poco para completar el pedido, había trabajado mucho por hoy. En el patio Ángel, un joven de 15 años, continuaba trabajando en su jardín. La mujer terminó de ponerle los volados a las faldas de las últimas muñecas y al ver que ya estaban terminadas las guardó prolijamente en sus cajas. Pegó las etiquetas en cada una de ellas; Molly, Lucy, Ema, Cynthia... y las dejó a todas juntas encima de la mesa. “Listo por hoy. El pedido está completo”, la septuagenaria se quedó un rato observándolas...

Disfrutaba contemplando a sus “niñas” una vez que estaban listas para entregar. Cada una con un vestido distinto, con un peinado distinto y hasta con un color de pelo y piel distinto también. Todo ello producto de su mano artesanal. Después de mirar a sus muñecas se levantó de la silla y se dirigió hasta la ventana. Corrió con disimulo la cortina de tela y observó al jovencito que trabajaba en su jardín. El chico se había sacado la remera dejando su torso desnudo al Sol... Llevaba puesto un pantalón corto y unas botas que le llegaban a los tobillos. La señora Gretel contempló sus brazos y su espalda llena de transpiración. Se detuvo en cada músculo de su cuerpo y en su pelo rubio cortado a la moda. Luego dejó que su mente volara sobre su epidermis rosa. Recorrió sus hombros, sus bíceps, su cuello, sus mejillas... Se quedó pensando en las cosas que podría hacer con él si el muchacho le diera, aunque sea una vez, la oportunidad.

La mujer hacía eso todas las veces que el joven venía a su casa. Lo espiaba en secreto por la ventana mientras él arreglaba su jardín. Lo conoció uno de esos días en que estaba armando sus muñecas; el chico



llamó a su puerta preguntándole si necesitaba un jardinero. Cuando lo vio, sus ojos celestes y su cara redonda la embelesaron. Su mirada limpia y su cabellera rubia. Sus facciones delicadas pero bien formadas. Por momentos pensó que era un actor de Hollywood. La señora Gretel, en ese instante, se olvidó de sus 71 años y le respondió que “sí necesitaba” como si fuera la nieta de la dueña de casa. Desde aquél día el chico venía a trabajar una vez por semana y a veces más. Y la mujer, cuando le abría la puerta, lo hacía vestida de gala.

Siguió mirando, detrás de las cortinas, el cuerpo del joven como si fuera una quinceañera. Finalmente soltó las cortinas y se alejó en dirección al comedor.

La septuagenaria era viuda y jubilada, y eso le permitía hacer lo que quisiera. Por lo que a poco de contratar al chico comenzó a agasajarlo

con cosas. No eran muchos los adolescentes que visitaban su vieja casa. Cuando eso ocurría, la madura mujer aprovechaba para platicar con ellos. Ángel era uno de esos chicos. Y el único, pues no había otro. Los demás los veía pasar por la vereda cuando se dirigían rumbo al colegio. La mujer sabía manejarse frente a ellos pues conocía sus costumbres. No era como esas “viejas” que se aburrían estando entre “pañales”. Gretel, a diferencia de ellas, siempre tenía algún tema para conversar. Le gustaba estar cerca de los jóvenes tanto como estar con sus muñecas. A parte de eso, no faltaba al gimnasio; pese a su avanzada edad sabía mantenerse en forma.

Al rato la señora Gretel salió al jardín con una *chocolatada*.

– Deja un momento de trabajar y tómate esto –le dijo.

El chico erigió su cuerpo secándose la frente con su mano. Había trabajado mucho y miró a la señora con satisfacción. Al verla, vio que su anfitriona estaba elegantemente vestida. Le preguntó si tenía que salir, pero la mujer le respondió que no.

– ¿Lo dices por cómo estoy vestida? Oh! no... Yo siempre me visto así. Es que tengo mucha ropa y no tengo más remedio que usarla. Además, una mujer de mi edad debe estar convenientemente arreglada. Toma el vaso que se te va a enfriar...

El chico bebió la chocolatada. Cuando acabó de beberla le preguntó.

– ¿Qué edad tiene señora Gretel?

– ¡Oh, no! Esas cosas no se preguntan...

– Lo digo porque parece más JOVEN. Se nota que *usted* se cuida mucho –la señora Gretel se emocionó.



– No me digas “usted” que me haces sentir más vieja... Llámame por mi NOMBRE; Gretel. Así es como me llamo.

– Está bien señora Gretel...

– ¡SEÑORA no! GRETTEL. No me digas “señora” que todavía soy joven.

– Ok. Gretel.

– Así está mejor.

La mujer celebraba por dentro el inesperado arrojito del chico. El cumplido que le hizo la fascinó... razón por la cual se le quedó mirando a los ojos.

El chico, al percatarse de eso, desvió incómodo su mirada.

– Bueno, ¡tengo que seguir trabajando! Muchas gracias señora Gretel... ¡Quiero decir *Gretel!* Perdón... –la septuagenaria sonrió complacida.

Ángel tomó la palita y empezó a hacer el cantero del rosal. La mujer, mientras tanto, le seguía contando cosas sobre su vida.

– Cuando mis sobrinos eran más chicos venían a nuestra casa a jugar. En aquellas épocas los jóvenes no eran como son ahora... Me dijiste que tus padres son evangelistas ¿verdad?

– Así es. Van a la iglesia de... –y le señaló la ubicación.

– Oh! sí, la conozco...Una prima mía iba allí. Fue a la iglesia durante tres años hasta que un día se mudó a EE.UU. Se fue con su marido, que no era devoto, pero aún así la respetaba muchísimo –Mientras

el chico hacía su trabajo, la mujer no dejaba de mirarlo— Buena gente —continuó— aunque yo nunca fui muy creyente. Bueno, creo que hay un Dios —se corrigió— pero no creo en esas cosas “del Infierno”. Supongo que tú vas a la iglesia ¿no?

– Iba. Ahora dejé de ir. Tengo mucho trabajo en la zona...

– Comprendo —respondió la anciana, que fantaseaba con besar su piel— Pero crees que hay un Dios ¿verdad? —Su mirada se movía ahora sobre su barbilla.

El chico retiró la tierra y la puso dentro de un balde.

– Sí... Creo que hay algo como un “Dios”. Pienso que existe Dios.

La mujer lo comía con los ojos aprovechando que el chico estaba concentrado en su tarea. Hubiese deseado estar con él a solas en el Infierno. Ángel ya estaba acostumbrado a las pláticas de la señora Gretel. No le molestaba en absoluto pues podía concentrarse en su trabajo. Además, le pagaba muy bien.

– ¿Y qué te dicen tus padres respecto a que salgas con amigos? Ya estás en edad de salir... Yo a tu edad vivía saliendo.

– Mis padres son muy conservadores. Tienen miedo de que me líe con chicas.

– ¿Pero qué edad tienes? Ya eres grandecito para tener algo de vida social... ¿No te parece?

– Sí... Pero ellos no lo ven así. Es la religión ¿sabe? —Se levantó y tiró la tierra que estaba en el balde dentro de la carretilla. Luego se secó la frente con la mano y la miró— Ellos dicen que para tener sexo hay que estar *casado*. Si no, es un pecado contra Dios.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

